

Welcome to Trumpland

Welcome to Trumpland

FABIAN VIDOLETTI

Licenciado en Relaciones Internacionales por la Universidad Nacional de Rosario. Desde 2001 integra el Centro de Estudios Políticos e Internacionales de la Fundación para la Integración Federal. Autor de tres libros -entre ellos "La Era Conservadora en los Estados Unidos", EAE, USA, 2012- y de numerosos artículos de análisis e investigación política internacional en las revistas Contexto Internacional (ISSN N° 1851-7900) y Síntesis Mundial (ISSN N° 1852-3846). Editoralista en el portal de Análisis Político, Fundamental.com

Resumen ▪

Triunfo de la antipolítica en las elecciones de los EEUU. Donald Trump como el emergente de la reacción antipolítica y el representante del surgimiento de los sumergidos del espacio público. Los estertores de la crisis de 2008, que en Europa habían comenzado a hacerse sentir varios años antes, impactan en el sistema político estadounidense. El estupor de los medios frente a los resultados y el fracaso de las encuestas. Frente a un sistema electoral con más de 200 años de vigencia que distorsiona la voluntad popular ¿es posible pensar en el amanecer de una resistencia a este nuevo escenario y en un cambio de dicho sistema?

Palabras Clave ▪

ELECCIONES EN ESTADOS UNIDOS / DONALD TRUMP / CONSERVADORES.

Abstract ▪

Triumph of antipolitics in the US elections. Donald Trump as the emerging anti-political reaction and as the representative of the emergence of the submerged from the public space. The rales of the crisis of 2008, which in Europe had begun to be felt several years before, impact on the American political system. The stupor of the media before the results and the failure of the polls. Faced with an electoral system with more than 200 years that actually distorts the popular vote, Is it possible to think of the dawn of a resistance to this new scenario and a change in the electoral system?

Keywords ▪

UNITED STATES ELECTIONS/ DONALD TRUMP / CONSERVATIVES.

“Donald Trump fue electo este martes como el XLV presidente de los Estados Unidos. Son palabras que nunca esperábamos tener que escribir”. “Presidente Donald Trump. Tres palabras que eran impensables para decenas de millones de estadounidenses –y para gran parte del resto del mundo– se han convertido en el futuro de los Estados Unidos”. “La elección de Donald Trump a la presidencia no es nada menos que una tragedia para la república estadounidense...”¹ Estas son apenas tres muestras del estado de ánimo, de estupor y de frustración de parte de los medios en los EEUU al día siguiente del histórico resultado obtenido por el candidato republicano.

Quizás este estupor tenga sustento desde un análisis de corto o, incluso, de mediano plazo. Nadie en su sano juicio podía pronosticar que este excéntrico empresario inmobiliario, sospechado de sostener cercanos vínculos con la mafia neoyorkina, protagonista de innumerables escándalos a partir de sus expresiones de misoginia, xenofobia y discriminación de toda clase, pudiese convertirse en presidente de la primera potencia mundial. Sin embargo, cuando al análisis se lo realiza posado la mirada en un plazo más largo, este corolario sorprende mucho menos.

Los números

Donald Trump se alzó con la victoria al obtener 290 delegados al Colegio Electoral, mientras que Hillary Clinton obtuvo 228 (270 electores garantizan la presidencia). El dato curioso fue que, al igual que ocurrió en el año 2000 cuando George W. Bush derrotó al demócrata Al Gore, Hillary Clinton se impuso en el voto popular. La candidata demócrata obtuvo 62.414.000 votos (47.8%), mientras que Trump logró 61.255.000 (46.9%), una escasa diferencia de poco más de un millón de votos.

Esta particularidad se explica porque el sistema electoral estadounidense estipula que los ciudadanos no eligen a su presidente de forma directa (como ocurre en casi todas las democracias presidenciales del mundo) sino que eligen delegados al Colegio Electoral, el cual es la institución que formalmente elige al presidente. A esto se le suma que el total de estos representantes (538) se distribuyen entre los 50 estados más el Distrito de Columbia (donde se ubica la ciudad de Washington) en un número igual a la cantidad de miembros del Congreso que cada estado posee (en el caso del Distrito de Columbia, que no tiene legisladores, la enmienda 23 de la Constitución le otorga tres delegados, el número mínimo que un estado puede tener). El detalle –que es el que permite explicar que ganar el voto popular no garantiza la presidencia– es que el candidato que gana un estado se alza con la totalidad de los delegados al Colegio que ese distrito pone en juego. No existe reparto proporcional alguno.

En base a esta explicación, ¿dónde gana Trump las elecciones? Las gana en los denominados “swing states”, es decir, aquellos estados en los que tradicionalmente no se impone siempre el mismo partido. ¿Qué significa esto? Si uno se toma el trabajo de estudiar la distribución demográfica del voto desde mediados de los años sesenta podrá observar que los estados costeros más poblados (New York, Massachusetts, Virginia, Maine, Vermont, sobre el Atlántico; California, Oregon, Washington, en el Pacífico) son bastiones demócratas, mientras que el sur que fue el eje de los Estados Confederados durante la guerra civil y los estados del medio oeste son votos tradicionalmente republicanos. Los “swing states” son estados con un número importante de delegados al Colegio, aunque no son los que más tienen. Entre ellos se destacan Florida, Ohio, Pennsylvania, Nevada y Carolina del Norte. Salvo en Nevada, Trump se impuso en todos ellos. Y en lo que resultó ser una sorpresa absoluta, Trump le arrebató a Hillary Clinton los estados de Michigan y Wisconsin que siempre fueron bastiones demócratas.

La debacle demócrata no se detuvo allí. En las elecciones legislativas, el Partido Republicano retuvo el control de ambas Cámaras del Congreso, se alzó con la mayor parte de las elecciones a gobernador que estaban en juego y arrasó en las legislaturas estatales. Ningún pronóstico pintó semejante resultado. Ninguna encuesta daba cuenta de este humor electoral. Los ocho años de Obama en la Casa Blanca, sin ser una presidencia a la altura de las expectativas que se habían depositado sobre ella en sus inicios, no habían dejado al país en una situación calamitosa que pudiese explicar este resultado. Entonces, ¿por dónde pasan los motivos?

What the hell just happened?

Si alguien hubiese podido poner en palabras el humor social en los grandes centros urbanos durante las horas posteriores a conocido el resultado se podría haber escuchado la pregunta, “¿qué m... pasó? ¿No era que ganaba Hillary por 6 o 7 puntos?”

Varias cosas abonan la explicación de este resultado. La primera de todas es el bajísimo porcentaje de

1- Frases iniciales de las editoriales del New York Times, del Washington Post y de la revista The New Yorker. Las mismas están disponibles en: <http://www.nytimes.com/2016/11/09/opinion/donald-trumps-revolt.html?smprod=nytcore-iphone&smid=nytcore-iphone-share>; https://www.washingtonpost.com/opinions/president-trump/2016/11/09/037114be-a530-11e6-8fc0-7be8f848c492_story.html y <http://www.newyorker.com/news/news-desk/an-american-tragedy-donald-trump>

participación del electorado en el comicio. En un país donde el sufragio no es obligatorio, del total de personas habilitadas para votar, apenas el 50% acudió a los centros de votación. Y siempre se supone que en una elección presidencial la afluencia de votantes es superior a la que se produce en una elección legislativa de mitad de término. ¿Por qué se produjo este efecto? Quizás parte de la explicación la encontremos en un análisis de anticipación que el cineasta Michael Moore realizó en un artículo tres meses antes de la elección (que ahora con el resultado puesto ha cobrado una fama inusitada), apenas finalizada la Convención Nacional Republicana que nominó a Trump como su candidato. Allí Moore decía:

“La alarma que debería estar sonando en estos momentos es que el seguidor promedio de Sanders [el contrincante de Hillary en las primarias] irá a votar por Hillary de manera algo desganada, en lo que se ha dado en llamar el ‘voto deprimido’. Es decir, que ese votante no convencerá a cinco personas a que vayan a votar con él. No militará 10 horas diarias el mes previo a las elecciones. Y nunca responderá de manera excitada y convencida cuando le pregunten si votará por Hillary. Un voto deprimido. Porque, cuando sos joven, tenés cero tolerancia por las estupideces. Para los jóvenes, volver a la era Clinton/Bush es como si de pronto tuviesen que pagar por bajar música, o usar MySpace, o ir por la calle con esos celulares grandes como un ladrillo. No van a votar por Trump, quizás algunos voten por un tercer partido, pero muchos se quedarán en casa”².

Y agrega:

“No tengo la menor duda que si la gente pudiese votar cómodamente sentada en el sillón de su casa desde su X-Box o su PlayStation, Hillary ganaría de costa a costa. Pero no es así como funcionan las cosas en EEUU. La gente tiene que salir de su casa e ir a hacer cola para votar. Y si viven en zonas pobres, o en barrios negros o hispanos, no sólo tendrán que hacer una cola más larga, todo estará armado para, literalmente, impedir que puedan emitir su voto. Es así que en casi todas las elecciones es muy difícil conseguir que por lo menos el 50% de estas personas pueda votar. Y en esto radica el principal problema en noviembre: ¿quién tendrá los partidarios más motivados, más movilizados a la hora de la votación? Ustedes saben la respuesta ¿Cuál es el candidato que tiene los seguidores más rabiosos? Esos locos que se levantan a las 5 de la mañana el día de la elección y están yendo y viniendo todo el día hasta que cada centro de votación haya cerrado, asegurándose que cada Tom, Dick o Harry (y cada Bob, cada Joe y Billy Bob y Billy Joe y Billy Bob Joe) haya votado. Así es. Ese es el nivel de peligro en el que estamos”³.

En síntesis, Moore describe un alto grado de desmotivación del votante demócrata en los meses previos a las elecciones. Un elemento que sería determinante en el resultado final. Pero no es el único factor que explica el triunfo de Trump. Existe algo subyacente que permite entender, tanto el desánimo en las filas demócratas, como el que Trump haya arrasado con sus rivales en el seno del partido republicano, aún a pesar los constantes escándalos que fueron tomando estado público alrededor de su persona con el correr de la campaña.

Ese algo podría resumirse en una premisa alrededor de la cual se puede afirmar que la crisis estructural del capitalismo desatada en el 2008, finalmente impactó de lleno en el conjunto del sistema político estadounidense sumiéndolo, a su vez, en su propia crisis estructural. En los meses posteriores a esa debacle financiera en torno a las maniobras especulativas con hipotecas basura y la quiebra de numerosos bancos y aseguradoras, los efectos comenzaron a impactar en las estructuras políticas, sobre todo, en Europa.

En Finlandia, la crisis provocó la caída del gobierno luego de meses de protestas populares. En Irlanda, el colapso del sistema financiero y el espiral de crecimiento del desempleo condujeron al colapso de su gobierno en el 2011. Los efectos tardaron poco en hacer impacto en el territorio continental. España fue la primera en sufrir sus efectos luego de que el estallido de su propia burbuja inmobiliaria y la revelación de la falta de liquidez de sus bancos obligaron a un rescate de la Unión Europea bajo la condición de que el gobierno del PSOE implementase fuertes políticas de ajuste. Ello provocó su derrota a manos del Partido Popular, el cual profundizó los ajustes, el aumento del desempleo por encima del 20% y una crisis política que continúa hasta hoy. La crisis económica en la periferia europea continuó expandiéndose hacia Portugal, Grecia e Italia (en ese entonces se acuñó la sigla PIGS⁴ para referirse a estos países, a partir de la inicial de sus nombres en inglés). En 2013 Chipre se sumó también a los países que requirieron un rescate de las instituciones europeas, con la particularidad de que la isla mediterránea es uno de los paraísos fiscales que existen en el continente junto a Luxemburgo y Suiza.

Según se explica oficialmente desde las propias instituciones comunitarias, “Cuando la recesión em-

2- Michael Moore, 5 Reasons Why Donald Trump Will Win. Disponible en: <http://michaelmoore.com/trumpwillwin/>

3- *Ibidem*.

4- El uso de esta sigla, acuñada por medios financieros anglosajones, provocó numerosos rechazos, dado que el significado de “PIGS” en inglés es “cerdos”.

pezó a sentirse en Europa, el estudio de la situación de las finanzas públicas reveló que desde hacía algunos años varios gobiernos de la zona del euro se habían endeudado considerablemente para financiar sus presupuestos. Se disponía de dinero fácil porque los inversores hacían la vista gorda a las señales de alarma sobre la salud de la economía y no prestaban la atención suficiente a los riesgos que suponía dar préstamos cada vez mayores. [...] Los gobiernos de algunos países habían permitido el desarrollo de burbujas inmobiliarias y otros desequilibrios económicos dañinos. Por último, habían hecho caso omiso de las normas de funcionamiento del euro y no habían hecho mucho para coordinar sus políticas económicas después de acordar compartir una moneda común con una política monetaria única. En un número cada vez mayor de países se formó un círculo vicioso: la inestabilidad financiera ahogaba el crecimiento económico, que a su vez hacía descender los ingresos fiscales y aumentar la deuda pública. El aumento de la deuda incrementaba el coste de los préstamos a los gobiernos, alimentando así la inestabilidad financiera”⁵.

En síntesis, la crisis financiera derivó en una crisis social en la mayor parte de los países de la Unión Europea y provocó la caída de los gobiernos en 8 de los 17 de los que forman parte de la eurozona. Asimismo, las instituciones europeas se mostraron impotentes para darle a estas crisis simultáneas una respuesta que saliese de las recetas de ajuste, sobre todo porque las reglas de la eurozona se pensaron para facilitar la vida al mundo de las finanzas perdiendo de vista uno de los pilares que hicieron del experimento europeo un espejo: un proyecto que aprendió las lecciones de los motivos que condujeron a la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, un proyecto inclusivo que perseguía el bienestar de la sociedad en aras de la construcción de un continente en paz.

La persistencia de las crisis social y financiera se conjugaron con el deterioro de la situación geopolítica en el Medio Oriente y de la marea de refugiados que intentaban llegar a Europa escapando de las guerras civiles en Siria, Libia, Irak, y provocaron el surgimiento de fenómenos que hasta ese entonces eran marginales en el devenir político del viejo continente. En Italia, La Liga del Norte retomó sus presiones separatistas, con el argumento de no seguir tolerando ser quienes financian la ineficiencia y la “vagancia” del resto del país. En Grecia, el partido neonazi Aurora Dorada ganó poder y terreno político en el Parlamento a partir de un discurso xenófobo y antiinmigrante. Sus partidarios formaron grupos de patrullaje de fronteras para impedir el ingreso de inmigrantes del Medio Oriente. En Francia, la extrema derecha liderada por Marine Le Pen fue un contendiente serio durante las elecciones en las que el socialista François Hollande obtuvo la presidencia. En este mismo país, en el año 2010, en lo que representó el primer caso de cuestionamiento serio al Espacio Schengen⁶ el gobierno del entonces presidente Sarkozy impidió el ingreso de un ferrocarril procedente de Italia que transportaba refugiados tunecinos arribados desde el Mediterráneo a la isla de Lampudusa, al sur del país.

En medio de este escenario comenzaron a tomar fuerza históricas pujas secesionistas. En España, el secesionismo catalán cobró una inusitada fuerza, a partir de una fuerte movilización social y la celebración de un referéndum independentista que fue respaldado con un contundente Sí. La cuestión catalana se convirtió en un tema central en la agenda española y fue una cuestión central en las recientes negociaciones para la formación del nuevo gobierno español. En Bélgica, la eterna tensión entre Flamencos y Valones volvió a poner en cuestión la unidad del país. Escocia celebró un referéndum independentista que no alcanzó el Sí, pero que ha sentado un precedente muy importante. Y, finalmente, la noticia que hizo temblar los cimientos del continente: el Brexit, el referéndum que aprobó la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea.

Las crisis financiera, social e inmigratoria ha disparado el crecimiento de organizaciones y partidos de extrema derecha en toda Europa. Un artículo del New York Times da cuenta de este fenómeno explicando que sólo España y Portugal carecen de alguna expresión organizada de extrema derecha. En algunos casos como en Hungría han llegado al gobierno, en otros como Austria no arribaron al gobierno por un escaso margen de votos y hay algunos en los que condicionan políticas a partir de su poder de presión y de movilización en las calles⁷.

Dime quién te apoya y te diré como piensas

Esta apretada síntesis de la evolución de la crisis financiera en Europa para trasladarse luego hacia una crisis de las estructuras políticas sirve para ilustrar un punto importante: hubo dos formas en

5- Comisión Europea, Asuntos Económicos y Financieros, ¿Por qué se Extendió la Crisis? En: http://ec.europa.eu/economy_finance/explained/the_financial_and_economic_crisis/why_did_the_crisis_spread/index_es.htm

6- El espacio Schengen es el área que comprende a 26 países europeos que han abolido los controles fronterizos en las fronteras comunes, también conocidas como fronteras internas. El espacio se crea en 1985 por el Acuerdo de Schengen y empezó a funcionar en 1995 para suprimir las fronteras comunes entre los países integrantes y establecer controles comunes en las exteriores de esos países.

7- Gregor Aisch, Adam Pearce y Bryant Rousseau, How Far Is Europe Swinging to the Right? En diario New York Times, 5 de julio de 2016. En http://www.nytimes.com/interactive/2016/05/22/world/europe/europe-right-wing-austria-hungary.html?smid=tw-nytimes&smtyp=cur&_r=1

que los países afrontaron esta crisis estructural del capitalismo, o bien apostaron por reforzar sus mercados internos y garantizar un sistema de inclusión y de disminución de las desigualdades sociales -a esta se la podría denominar la vía sudamericana- o, por el contrario, apostaron por reforzar sus sistemas financieros, rescatando a los bancos con dinero público. Esto, junto a la aplicación de políticas de ajuste, condujo a un aumento exponencial de las tasas de desempleo y a la exacerbación de las desigualdades. Esta fue la vía europea. Y también, en buena medida, la de los Estados Unidos.

¿Por qué la crisis financiera no impactó sobre el sistema político estadounidense con la misma velocidad con que lo hizo en Europa si comparativamente las recetas contra la crisis no variaron demasiado? Una de las primeras medidas del naciente gobierno de Barack Obama durante el 2009 fue confirmar el mega rescate de las instituciones financieras diseñado por ambos partidos en el Congreso en los meses finales del gobierno de George W. Bush y, posteriormente, realizar un segundo rescate con la salvedad que en esa oportunidad también incluyó a dos gigantes de la industria como Chrysler y General Motors. Y lo que en otras latitudes hubiese caldeado el humor social a niveles explosivos, tras el rescate a los bancos y a las grandes industrias, el Congreso controlado por los republicanos rechazó un proyecto de ley que establecía un paquete de promoción del empleo que hubiese contribuido a crear cerca de dos millones de puestos de trabajo.

Una reacción frente al rescate multimillonario a los bancos fue la aparición del movimiento Occupy Wall Street en la ciudad de New York en el año 2011. Un fenómeno de base, espontáneo y poco organizado que se oponía al rescate de los bancos y que fue agotándose con el correr de los meses y de la pérdida de interés por parte de los medios. Se trató de un intento de buscar una salida por izquierda ante las decisiones del gobierno frente a la crisis. No obstante, la aparición más determinante en el espacio político fue el del movimiento Tea Party, un movimiento de base que se oponía a toda intervención o injerencia del gobierno en la economía y en la vida privada de los ciudadanos. Se trató en este caso de una respuesta desde la derecha más conservadora del país. Para el año 2010 había ganado tanto peso político que condicionó la elección legislativa de mitad de término y logró que numerosos candidatos de su espacio consiguiesen asientos en ambas Cámaras del Congreso.

Este movimiento tenía todas las herramientas como para poner de cabeza a todo el sistema político. Sin embargo, no lo hizo. Muy por el contrario, se avino a jugar según las reglas del sistema y su accionar se enfocó a obstaculizar por todos los medios las decisiones del gobierno de Obama. Esta fue la dinámica de los últimos seis años de la política estadounidense. Y a medida que se iba acercando el momento de inicio de la campaña para elegir a su sucesor, hubo alguien que supo interpretar el humor social que corría de manera subterránea y que ningún dirigente político, de cualquier signo, parecía captar. Ese alguien fue Donald Trump.

Cuando Trump decidió lanzarse por la presidencia nadie lo tomó en serio. Desde el Partido Demócrata lo tomaban como una nota de color. Un millonario excéntrico de lengua filosa que, en el mejor de los casos, sería un nuevo Ross Perot⁸. Del lado Republicano el diagnóstico no era muy diferente. A lo sumo, su estilo extrovertido sería una nota divertida en una campaña que se preveía algo abúlica. Al fin y al cabo, qué podía esperarse de alguien que se había dedicado los últimos años a ser el animador de “The Apprentice”⁹.

Pero Trump tuvo algo que ninguno de los demás tuvo: claridad de visión para darse cuenta de ese humor social silencioso. Un humor social que no era demócrata ni republicano, sino uno que se expresaba contra una estructura política que se preocupaba más por mantener su poder y sus privilegios que por los problemas de la gente de a pie. Como se le suele decir de forma resumida, se trataba de furia contra “esos tipos en Washington”. Y bajo la creciente incredulidad de sus rivales y de la estructura del Partido Republicano, Trump comenzó a barrer con cada uno de ellos una elección primaria tras otra. Sus adversarios, varios surgidos del movimiento Tea Party como el senador por Florida, Marco Rubio o el de Texas, Ted Cruz, se mostraron impotentes ante el estilo extremadamente agresivo de la campaña de Trump, quien en innumerables oportunidades traspasaba los límites de lo que se consideraba buenas formas en el marco de una campaña¹⁰.

8- Ross Perot fue un millonario que, desencantado con las políticas desarrolladas por el presidente George Bush (padre) a inicios de los 90, compitió como tercer candidato en las elecciones presidenciales de 1993. El caudal de votos republicanos descontentos que terminó por aglutinar terminaron por costarle a Bush la derrota frente a Bill Clinton.

9- The Apprentice era un reality show creado por Trump en el que un grupo de empresarios que competían por un premio de 250.000 dólares y un contrato para dirigir una de sus empresas.

10- Durante las primarias, el senador Ted Cruz era uno de los favoritos para quedarse con la nominación de su partido. En ese contexto, Trump le puso el mote de “Liar Ted” (Ted el mentiroso) y llegó a sugerir que el padre del senador, Rafael Cruz (que era de origen cubano), tuvo algo que ver con Lee Harvey Oswald, el presunto asesino del presidente John F. Kennedy. Hay que recordar que una de las hipótesis que se esgrimieron en los años posteriores al asesinato fue que la Cuba de Fidel Castro estuvo detrás del homicidio del presidente. En marzo de este año, el magnate y el senador tuvieron uno de sus peores enfrentamientos después de que Trump retuiteara un montaje fotográfico de un seguidor en el que se comparaba una foto

¿Qué era lo que atraía a los seguidores de Trump? Su slogan de campaña “Hacer a EEUU Grande Otra Vez” englobaba dos premisas centrales: por un lado, repeler los acuerdos de libre comercio que se habían llevado los empleos de los estadounidenses a otros países y que económicamente, según él, sólo favorecían la entrada de productos chinos; por el otro (y en consonancia con lo anterior) la simple idea de que él iba a gobernar en beneficio de los estadounidenses y no en pos de los intereses de los lobbys de Washington. “Yo no necesito quedar bien o devolver favores a ningún lobby. Yo soy mi propio lobby” repetía como un mantra. Eso era música para los oídos de aquellos que habían visto cómo sus empleos habían desaparecido bajo la lógica de una globalización que los expulsaba en vez de integrarlos al mundo. Y enfocado en una mirada de su futura batalla contra Hilary Clinton, los cañones de Trump apuntaron contra los acuerdos de libre comercio de la era de la globalización, especialmente el símbolo de ellos: el NAFTA, justamente el acuerdo plasmado por el esposo de Hillary, Bill Clinton.

Y aquí es ilustrativo volver a recurrir a Michael Moore quien ilustró esta situación a la perfección:

“Trump va a enfocar mucho su atención en los cuatro estados del cinturón de herrumbre (rustbelt) de la región de los grandes lagos -Michigan, Ohio, Pennsylvania y Wisconsin-. Cuatro estados tradicionalmente demócratas pero que han elegido a un gobernador republicano desde 2010. Durante la primaria de Michigan en marzo, un mayor número de los residentes de estos estados concurrieron a votar en la primaria republicana (1.32 millones) que en la demócrata (1.19 millones). Trump aventaja a Hillary en las últimas encuestas en Pennsylvania y la iguala en las de Ohio. ¿La empata? ¿Cómo puede ser que la carrera esté tan cerrada después de todo lo que Trump hizo y dijo? Bueno, a lo mejor es porque él está diciendo (acertadamente) que el impulso que los Clinton le dieron al NAFTA contribuyó a la destrucción del cinturón industrial del Centro Norte (Upper Midwest). Trump va a pegarle a Hillary por su apoyo del Acuerdo Transpacífico y otras políticas comerciales que han reventado a la gente de estos cuatro estados. Cuando Trump se paró a la sombra del edificio de la Ford Motors Company durante la primaria de Michigan, amenazó a esta corporación con que si seguían adelante con su plan de cerrar la fábrica y mudarla a México él les refregaría por la cara un impuesto del 35% por cada auto que fabricasen en México y quisiesen ingresar a los EEUU. Esta fue una música muy pero muy dulce para los oídos de la clase obrera de Michigan. Y cuando amenazó a Apple con que los obligaría a dejar de fabricar sus iPhones en China y a hacerlo en los EEUU, bueno, los corazones palpitaron a todo galope y Trump terminó por alzarse con una tremenda victoria”¹¹.

Pero este discurso hacia la clase trabajadora sumado a su estilo fuertemente polémico y confrontativo también tuvo otros condimentos que son menos seductores y mucho más peligrosos. En primer lugar, como outsider de la política, su discurso es de fuerte contenido anti político. Su triunfo, en definitiva, en un triunfo de la anti política. Pone en crisis al sistema político porque detrás de su mensaje xenófobo y discriminatorio se encolumna lo más oscuro de la sociedad estadounidense. Y aquí entra a tallar un tema que también ha ido transitando por esta suerte de corredor subterráneo de la sociedad y que es una cuestión cuasi tabú a estas alturas de la evolución histórica del ser humano: la que se podría denominar como “la crisis del hombre blanco”, o como Michael Moore la denominó: “la última resistencia del enfurecido hombre blanco”.

Amanda Taub, columnista del New York Times, escribía en la semana previa a las elecciones que “durante este año, la ansiedad de los blancos alimentó la agitación política en Occidente: el sorpresivo triunfo del Brexit, la inesperada candidatura de Donald Trump, el auge de la derecha nacionalista en Noruega, Hungría, Austria y Grecia [...] En este contexto, el blanco es más que un color de piel. Puede definírselo como una membresía a la ‘mayoría étnica nacional’, pero lo que en realidad implica es el privilegio de no ser definido como un ‘otro’. Ser blanco significa integrar un grupo cuyo aspecto, tradiciones, religión y hasta la comida son la norma por default. Es ser una persona que, gracias a una regla tácita, tuvo históricamente derecho a ser parte del ‘nosotros’ y no del ‘ellos’.”

Más adelante afirma:

“Hace décadas, cuando hablar de ‘identidad blanca’ empezó a ser tabú y sólo se hablaba en esos términos dentro del contexto del supremacismo blanco, la política identitaria se quedó sin términos para referirse al tema. Una persona blanca de la clase trabajadora con miedo a que un mundo nuevo y cosmopolita destruya o reduzca una identidad que atesora no tiene un lenguaje social y culturalmente aceptable para referirse a eso que vive como una crisis. Por eso algunos de ellos recurren a temas cercanos a sus preocupaciones: el comercio internacional, la inseguridad, el narcotráfico, los controles fronterizos o el temor al terrorismo. Todos son significativos por derecho propio, pero también se convirtieron en una forma de vehiculizar un debate público sobre lo que implican estos cambios para las mayorías blancas. Lo más probable es que no haya retorno para el predominio social y la exclusiva identidad nacional de los blancos. Es imposible frenar la inmigración sin perjudicar la economía de las

poco favorecedora de la esposa de Cruz, Heidi, con una más agraciada de Melania Trump, tercera esposa del millonario y exmodelo.

11- Michael Moore, Op. Cit.

naciones de Occidente, y los inmigrantes que ya se instalaron no pueden ser expulsados en masa sin el consecuente daño social y moral”¹².

Nuevamente Michael Moore explicó la situación de lo que él denominó “la última resistencia del enfurecido hombre blanco” con suma claridad: “Tienen una sensación de que el poder se les escurrió de las manos, de que la forma en que ellos siempre hicieron las cosas ya no son aceptadas. Por sus cabezas pasa la idea de que este monstruo, las ‘Feminazi’, esas cosas de las que Trump dijo que ‘sangran por los ojos, o por donde sea que sangren’, nos han conquistado. Y ahora, después de tener que soportar ocho años de un negro diciéndonos lo que tenemos que hacer ¿se supone que tenemos que sentarnos y soportar otros ocho años a una mujer mandoneándonos? Después de eso van a ser ocho años de gays en la Casa Blanca! Y después los transexuales! ¿Se dan cuenta hacia dónde va esto? Para ese entonces, se les va a haber garantizado los derechos humanos a los animales y un maldito hámster va a gobernar el país. Esto tiene que parar!”¹³.

Esta crisis identitaria del hombre blanco encontró en muchos lugares una expresión y una salida por el lado del extremismo de extrema derecha. De hecho, tras años de ver declinar su importancia y su número, la cantidad de milicias paramilitares y grupos ultranacionalistas han crecido de forma exponencial. De acuerdo al Southern Poverty Law Center, una institución especializada en detectar, estudiar y clasificar organizaciones supremacistas y radicalizadas en EEUU, en 2015 operaban en Estados Unidos un total de 276 grupos paramilitares y 874 “grupos patrióticos” que aglutinan a los primeros, así como a otros sectores extremistas enfrentados de un modo u otro con el Gobierno federal. Estos grupos han aumentado un 37 por ciento respecto de 2014 y se destaca el “explosivo crecimiento” registrado durante el gobierno de Obama tras años de declive. Antes de que el presidente de Estados Unidos llegara al poder en 2008 existían solo 42 de estos grupos. En su máximo auge, en 2011, llegaron a ser 334¹⁴.

Para todos estos sectores, la retórica anti inmigrante y xenófoba de Trump era música celestial. Cuando escucharon al candidato republicano decir que prohibiría el Islam, y pronunciar frases tales como “No quiero nada con México más que construir un muro impenetrable y que dejen de estafar a EEUU”, que “México no se aprovechará más de nosotros. No tendrán más la frontera abierta. El más grande constructor del mundo soy yo y les voy a construir el muro más grande que jamás hayan visto. Y adivinen quién lo va a pagar: México”, o bien, “Cuando México nos manda gente, no nos mandan a los mejores. Nos mandan gente con un montón de problemas, que nos traen drogas, crimen, violadores”, todos los grupos extremistas o intolerantes del país dijeron “este es nuestro candidato!” Y se lanzaron de lleno a impulsar el voto hacia Trump. Por cualquier medio posible.

En un contexto donde la violencia racial en EEUU está viviendo una nueva etapa de apogeo, donde los episodios de ciudadanos negros asesinados por policías blancos con gatillo fácil, donde las protestas contra esta violencia institucional van ganando frecuencia y virulencia, el triunfo de Trump sólo ha caldeado los ánimos. En Louisiana, cuatro días después de las elecciones, un grupo de encapuchados roció con líquido inflamable a una mujer negra y le prendió fuego. El día anterior a este hecho, el Ku Klux Klan anunció que el 3 de diciembre celebrará un desfile en Carolina del Norte para festejar la victoria de Trump. El KKK apoyó públicamente la campaña del candidato republicano y este nunca renegó de dicho apoyo. El sostén que la campaña de Trump encontró entre los supremacistas blancos fue particularmente feroz online. Numerosos periodistas y partidarios de Hillary Clinton fueron atacados por estos grupos en las redes sociales utilizando habitualmente lenguaje racista o antisemita.

La evolución de estos acontecimientos es enormemente preocupante. Y la afirmación que hizo Trump en una entrevista luego de su victoria confirmando que deportaría a cerca de tres millones de latinos que presenten antecedentes con la ley no contribuye a aplacar las ansiedades que comienzan a ganar a muchos tanto en los EEUU como en el seno de la comunidad internacional.

F... the honeymoon!

Cuando todavía EEUU y el resto del mundo estaban tratando de asimilar la noticia del triunfo de Trump, un hecho inédito en la historia política y social del país ahondó todavía más la sorpresa. Decenas de miles de personas comenzaron a ganar las calles en más de 25 de las principales ciudades manifestándose en contra de Donald Trump. Washington, New York, Los Angeles, Philadelphia, Den-

12- Amanda Taub, Behind 2016's Turmoil, a Crisis of White Identity, en diario New York Times, 1 de noviembre de 2016. En: http://www.nytimes.com/2016/11/02/world/americas/brexit-donald-trump-whites.html?rref=collection%2Fcolumn%2F-the-interpreter&action=click&contentCollection=world®ion=stream&module=stream_unit&version=latest&contentPlacement=5&pgtype=collection

13- Michael Moore, Op. Cit.

14- En Estados Unidos Hay Más de 270 Milicias y Más de 800 “Grupos Patrióticos”, en Europa Press, 8 de enero de 2016. En: <http://www.europapress.es/internacional/noticia-estados-unidos-hay-mas-270-milicias-mas-800-grupos-patrioticos-20160108135920.html>

ver, Portland, Oakland, San Francisco, Chicago, Seattle, fueron algunas de las ciudades en las cuales los manifestantes ganaron espontáneamente las calles bajo la consigna “Not My President!” (No es mi Presidente).

Tan inéditas fueron las imágenes que se vivieron en esa primera noche que las grandes cadenas de noticias se lanzaron a cubrir la noticia con la velocidad de un rayo. Es entendible. Casi todas ellas (con la lógica excepción de Fox News) habían apostado y trabajado abiertamente por el triunfo de Hillary. Su derrota los dejó descolocados y, en algunos casos, cuestionándose públicamente la forma en que realizó la cobertura de la campaña al ignorar señales claras de que la victoria de Trump era algo no tan lejano a la realidad.

Muy lejos de los famosos 100 días de luna de miel del que se suele decir que goza casi todo gobierno que inicia su gestión, el estilo confrontativo del presidente electo, las amenazas de deportaciones masivas y el probable deterioro de derechos básicos movilizaron a la población de los grandes centros urbanos todos los días hasta el momento en que estas líneas están siendo escritas. Pancartas con la frase “I Can’t Believe I Still Have To Protest for My Civil Rights” (no puedo creer que tenga que seguir protestando por mis derechos civiles) recorrieron las pantallas alrededor del mundo.

Algunos referentes sociales de los espacios progresistas del país manifestaron públicamente que era necesario realizar un seguimiento exhaustivo, día a día, de las acciones de Trump al frente del gobierno y donde el futuro presidente se apartase mínimamente de la letra de la Constitución y las leyes se ejerza una fuerte presión social para el inicio de un proceso de juicio político.

Lo que antes sosteníamos en relación a la crisis en que esta elección sumió al sistema político también tuvo su expresión en las protestas. Uno de los reclamos más recurrentes fue el pedido de eliminación del Colegio Electoral como mecanismo de elección del presidente. Por primera vez desde que se tenga memoria, este sistema ha sido acusado de distorsionar la voluntad del electorado. El hecho de que por segunda vez en 16 años (en dos de cinco elecciones) el candidato que obtiene la victoria –en ambos casos el demócrata– en el voto popular no alcanza la cantidad de delegados necesarios para lograr ser electo presidente parece ser un catalizador poderoso para este reclamo. Incluso una experimentada senadora demócrata por el estado de California afirmó que presentará un proyecto de ley para eliminar el Colegio Electoral. Parece difícil que una modificación de esta naturaleza vea la luz en un plazo cercano. Sin embargo, el mero hecho de que por primera vez en la historia del país el reclamo aparezca con esta fuerza habla de la crisis profunda de la legitimidad del conjunto del sistema, tanto de sus instituciones como de su dirigencia política.

En este contexto, lejos de intentar aplacar las aguas y fiel a su estilo, Trump cargó irónicamente contra las protestas. Claramente, a Donald Trump no le gustan las críticas, el aceptar un sistema en el que los políticos rindan cuentas. En campaña, por ejemplo, amenazó a los medios con restringir el derecho a la información y con tomar represalias comerciales. Vetó el ingreso a ciertos periodistas a sus actos y alentó a las multitudes en su contra. En sus primeras horas como presidente electo, envió claras señales de que su posición no ha variado descalificando las protestas en su contra y acusó a los medios de alentarlas. Las señales, en definitiva, parecen ir hacia una profundización de la división en la que está inmersa la sociedad estadounidense. A diferencia de lo que en su momento fue Occupy Wall Street, que no logró trascender la geografía de la ciudad de New York, esta serie de protestas se producen a todo lo largo del país. Sin dudas el 20 de enero, el día de la asunción de Trump, será una jornada de enormes tensiones en la ciudad de Washington superando largamente a la vivida en ocasión de la toma de posesión de George W. Bush en enero de 2001, cuando una ciudad virtualmente en estado de sitio impidió las protestas en contra del flamante presidente por las irregularidades en el escrutinio en el estado de Florida que le otorgó la victoria.

Transición turbulenta

La velocidad con que evolucionan los acontecimientos quizás provoque que las líneas que siguen pierdan validez. Por poner un ejemplo, a lo largo de toda la semana posterior a las elecciones el principal candidato a ocupar el cargo de Secretario de Estado, el jefe de la diplomacia, era el ex presidente de la Cámara de Representantes durante la presidencia de Bill Clinton, Newt Gingrich. De la misma forma, el principal candidato a asumir como Fiscal General (o Secretario de Justicia) era el ex alcalde de New York durante los atentados del 11 de septiembre, Rudolph Giuliani. Mientras se están escribiendo estos párrafos, a casi 10 días de la elección, Giuliani (bajo una lluvia de críticas y acusaciones de falta de experiencia y conflicto de intereses) ha pasado a ser el principal candidato a cubrir el cargo de Secretario de Estado y Gingrich ha desaparecido de la escena. Estas idas y venidas respecto de quien será la cabeza de la diplomacia estadounidense no son menores en un contexto en el que el mundo está a la espera de definiciones concretas respecto del rumbo del futuro gobierno.

Mientras tanto, el Donald Trump que aparece como un proteccionista a quien le preocupa cómo proteger los puestos de trabajo de los estadounidenses da señales de que la economía no se apartará demasiado de la ortodoxia neoliberal imperantes en el país desde los tiempos de Reagan. Según los

últimos trascendidos, Steve Mnuchin, un ex directivo de Goldman & Sachs es uno de los favoritos para hacerse cargo de la Secretaría del Tesoro mientras que Wilbur Ross, un inversor que amasó su fortuna estimada en 2500 millones de dólares especializándose en la reestructuración de empresas al borde de la quiebra, es uno de los que lidera las preferencias para ocupar la Secretaría de Comercio. Estas son dos fuertes señales hacia Wall Street quien aún guarda cautela ante la intención de Trump de echar por tierra las políticas comerciales de las últimas décadas.

Y como para seguir agitando ansiedades, las pocas precisiones que emanan del entorno de Trump no son muy alentadoras. Por una parte, uno de los principales asesores del futuro presidente para conformar su equipo de seguridad nacional es Frank Gaffney, uno de los más notorios islamofóbicos del país. Desde su think tank Centre for Security Policy, Gaffney fue quien dijo que Barack Obama era un musulmán encubierto, que la Sharia¹⁵ había reemplazado a la democracia estadounidense y que los Hermanos Musulmanes¹⁶ se habían infiltrado en los más altos niveles del gobierno.

Sumado a esto, junto a la designación del actual jefe del Comité Nacional del Partido Republicano, Reince Priebus, como Jefe de Gabinete (White House Chief of Staff), Trump designó a Steve Bannon como Jefe de Estrategias y Consejero Senior del Presidente, uno de los cargos más importantes en el seno de la Casa Blanca. Bannon cobró notoriedad como uno de los agitadores de la derecha más extrema de los Estados Unidos. Desde Breitbart News, su pequeño imperio online, Bannon apuntó su lanzallamas mediático contra musulmanes y feministas, contra demócratas y republicanos. Siempre con el deseo de provocar y escandalizar, Breitbart News es una versión más burda y rastreadora de los tradicionales voceros de la derecha. A su lado, Fox News parece una cadena moderada. Bannon se trasladará en enero al núcleo decisorio de la primera potencia mundial parado como uno de los principales voceros de lo que se ha dado en denominar la “derecha alternativa” o “alt-right”, su nombre oficial.

Los principales pilares de esta expresión de la extrema derecha estadounidense son el rechazo al conservadurismo tradicional del Partido Republicano, la inmigración y la diversidad racial que deriva de ella, interpretados como amenazas a la mayoría blanca. Formado principal y mayoritariamente por hombres y articulado a través del contenido de blogs y las redes sociales, también sustenta su crecimiento sobre los efectos de la recesión económica que ha atravesado a los Estados Unidos en la última década. Su creador, Richard Spencer, ha declarado a The Wall Street Journal que “cuando tu movimiento va a ser mencionado por el candidato presidencial que lidera las encuestas, puedes decir con toda seguridad que has triunfado”. Según datos del Southern Poverty Law Center, Spencer acuñó el término “derecha alternativa” en 2008, cuando lideraba el think tank supremacista National Policy Institute. El activista hacía referencia a los conceptos de “identidad blanca”, la necesidad de preservar “la civilización occidental” y los valores “tradicionales”¹⁷.

Y si aún quedan dudas respecto de la dirección que tomará el futuro gobierno, Kris Kobach uno de los integrantes del equipo de transición de gobierno que ha trabajado en pos del endurecimiento de las políticas migratorias del país, ha confirmado, como había dicho durante su campaña, que en el entorno de Trump se está trabajando en un programa para obligar a los musulmanes (inmigrantes o residentes) a registrarse en una base de datos. Huelga extenderse sobre las implicancias de semejante medida. Sólo falta que los obliguen a coser un parche con la medialuna roja en sus prendas.

A la vista de este desarrollo, las estructuras del Partido Republicano están intentando “tironear” a Trump hacia posiciones un poco más moderadas. Lo cual resulta ilustrativo e irónico a la vez, dado que esa estructura había sido cooptada por muchos referentes del Tea Party el cual había sido caracterizado como el ala más radicalizada de la derecha estadounidense y que le había plantado una guerra sin cuartel desde el Congreso al gobierno de Obama. Este “tironeo” ha generado tensiones serias en el entorno de Trump (las cuales fueron minimizadas por el futuro presidente). Algunos respetados referentes del partido como el ex legislador Mike Rogers, una voz autorizada en materia de seguridad nacional y política exterior, han decidido abandonar el equipo de transición ante el rumbo que están tomando los acontecimientos.

Todo parece apuntar hacia el inicio de tiempos aún más tumultuosos. La ansiedad y la incertidumbre

15- La Sharia es el cuerpo de Derecho islámico. Constituye un código detallado de conducta, en el que se incluyen también las normas relativas a los modos del culto, los criterios de la moral y de la vida, las cosas permitidas o prohibidas, las reglas separadoras entre el bien y el mal.

16- Los Hermanos Musulmanes es una organización política con un ideario basado en el Islam. Surgida en Egipto a mediados del siglo pasado, actualmente es una organización de amplia base social cuya minoría de dirigentes optó en tiempos modernos por una metodología no violenta. Tras producirse el golpe de Estado en Egipto de 2013 (que derrocó al presidente Mohammed Mursi, surgido de la primera elección libre de su historia), en la actualidad la Hermandad y sus organizaciones satélites han sido proscriptas por las autoridades egipcias.

17- Una aproximación más profunda de esta nueva -o no tan nueva si se toma en cuenta lo retrógrado de su núcleo de pensamiento- expresión de la derecha estadounidense puede encontrarse en <https://www.splcenter.org/fighting-hate/extremist-files/ideology/alternative-right>

siguen en ascenso a medida que se acerca el 20 de enero. Como pocas veces, esta elección ha dejado muchísima tela por cortar. Como decíamos previamente, todas las estructuras políticas de los EEUU han sufrido un terremoto y se encuentran atravesado una réplica tras otra. El por qué obedece a las razones estructurales que hemos intentado desentrañar y, en última instancia (o en primera, según la perspectiva), a los motivos personales e individuales de cada persona a la hora de emitir su voto.

Apelando una última vez a la mirada personal de Michael Moore, el cineasta describía sus sensaciones de lo que se cocinaba en el EEUU profundo: “Mientras volvía al hotel después de estar en el programa espacial sobre la Convención Republicana que hizo Bill Maher para HBO, una persona me paró por la calle. ‘Mike’, me dijo. ‘tenemos que votar por Trump. TENEMOS que sacudir las cosas’. Y eso fue todo. Eso era suficiente para él. ‘había que sacudir las cosas’. El presidente Trump sin dudas hará eso. Y una buena parte del electorado estará feliz de sentarse en la tribuna para ver ese reality show”.